

No es de nadie

Vanessa Bonilla

*Vanessa Bonilla*

# NO ES DE NADIE



## Capítulo 1

Los gritos de júbilo provocaron un eco en la bahía. Algunos se levantaron de la canoa, incrédulos del paraíso que atestiguaban. Otros, un poco más débiles, se pasaron lo último que les quedaba de saliva en la lengua para adorar a los dioses, a manos alzadas, por el verdadero milagro de ver algo que no fuera océano. Unos varios, ya medio muertos de la deshidratación, abrieron los ojos con dificultad y, al ver el verde de los árboles frondosos en el panorama, se cerraron del sol picoso para sollozar con gratitud la oportunidad de aún anclarse a la vida.

—¡Tierra! ¡Por fin, tierra!

Desembarcaron una docena de personas. Dos mujeres se desmayaron al sentir la arena tibia en sus pies áridos, un hombre y un viejo besaron las conchas partidas en el suelo hasta cortarse los labios con rasguños de salvación y tres niños se tumbaron de espaldas, entre risas, para sentir algo más que no fuera la madera de la canoa o la humedad del mar sobre su piel.

Se fueron asentando en aquel lugar que llamaron Primavera por las magníficas flores que brotaban de los árboles gigantes y que aromatizaban la isla entera de un olor apacible, seguro. Construyeron sus hogares a base de madera y piedras, utilizaron las hojas gruesas de los árboles como techo y se buscaron organizar entre líderes políticos y religiosos, cazadores, cocineros, médicos, artistas y arquitectos. Cada año salía una nueva profesión que enriquecía la cultura y la sociedad de los primavereños. Utilizaron las flores para crear tés que aliviaran un sinfín de malestares comunes y las hojas de palma para re direccionar el viento que sopesara el calor inhumano que a veces hacía en la isla. Formaron un sistema de riego y picaron la tierra con herramientas hechas de madera para plantar la siembra según la temporada. Comían aves, peces y empezaron a criar pollos que rescataron de su antigua tierra. La religión politeísta tomó gran importancia en los tiempos de ambientes turbios y se desarrollaron rituales en dónde la gente bailaba alrededor de fogatas descomunales y, cuando morían los viejos o los pocos enfermos, cremaban sus cuerpos en hogueras de madera para que sus cenizas se alzaran a los cielos.

Pasaron varias generaciones que modificaron la historia de su llegada a Primavera. Con el tiempo se hicieron creer, no una isla, sino el mundo entero. Todo lo que veían era agua, incluso desde la zona de tierra más alta, así que agua era todo lo que había allá afuera. Los cuentos que ahora se contaban de los fundadores eran de aquella canoa que, después de supuestamente haber atestiguado el fin de las otras civilizaciones inundadas, zarparon y llegaron al único pedazo de tierra fértil que quedaba en el mundo. Claro, todo aquello con la bendición de los dioses,

que los habían elegido para vivir y prosperar.

La población en Primavera creció de esa docena a casi cien mil habitantes en un par de siglos. Las viviendas ya no eran simples chozas, sino obras de arte y los rituales eran pan de cada día. Habían talado y aplanado mucha de la superficie para los hogares, pero también para la agricultura, que había crecido junto con los humanos. Los cazadores habían mejorado sus técnicas y habían arrasado con los pájaros terrestres y los otros de cuatro patas que corrían lento y que sus escondites eran del todo obvios para aquellos profesionistas. Animales tontos, eso era lo que eran. Comían y dormían delicioso en sus banquetes variados y casas finas.

Más pronto de lo que alguna vez creyeron, los dioses se enfadaron. ¿Por qué? Quién sabe ya, alguna excusa o culpa han de haber apuntado a los pordioseros que nada tenían que ver. Pero algo, sin duda, debió molestar a sus deidades porque la madera nueva ya no rendía para todos y la vieja ya tampoco servía. El calor durante el día y el frío en la noche se volvieron insoportables. Fue entonces cuando dejaron sus rituales y empezaron a quemar hierba para mantenerse calientes durante el invierno. Los muertos se habían triplicado y ya no había por qué, ni con qué, mandar sus cenizas al cielo; en vez los tiraban del acantilado, a una fosa dónde solo los más pobres se veían afectados por el olor putrefacto, que emanaba casi enseguida debido al calor extenuante. Los vivos que quedaban no tardaron en separarse por ideales o por clases. Se recluyeron en polos opuestos, en el norte y en el sur de Primavera. Unos miles se encelaron de los que tenían todo y los otros tantos se resintieron de los ingratos. No pasó más de un año antes de que, en una medida desesperada por paz, se repartieran los árboles que quedaban, apenas menos de cien. Cuando ese monto dejó de existir y se volvió tan una sola docena de árboles, sin más cortesías, empaparon la hierba y maleza seca de un rojo vivo y se les vinieron los muertos encima.

—¡Es mío!

—¡No, es mío!

—Ah, ¡pues no es de nadie!

Fue entonces cuando talaron el último árbol. Los pocos que quedaban con fuerzas picaron y cortaron la madera restante en un ritmo salvaje y desenfrenado. Con ella se apresuraron a sus escondites para poder hacer el mayor número de lanzas para así vengarse a muerte de los idiotas que habían acabado con su única oportunidad de vida en el mundo entero.

El último primavereño murió poco de después de, ya casi sin aliento y con los párpados pesados, ver llegar a lo lejos un barco que, sin tocar la

arena, dio media vuelta y siguió su curso.

\*Inspirada (**pero no basada**) en la historia de civilizaciones como la de los pascuenses y en muchas otras que paralelan nuestra naturaleza humana del pasado y del presente.